

INSTANTÁNEAS

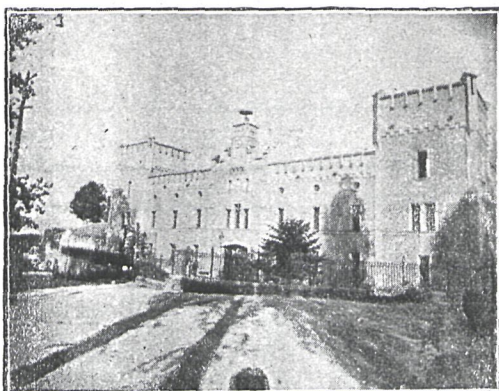
TEATRO DE LA ZARZUELA



Sr. Sigler y Srta. Hidalgo,
en *La Tempranica.*

Inst. del Fot. Sr. Nieto.

OVIEDO



1. Fábrica de armas.—2. Calle de Quintana.
3. Calle de Uria.

SR. SIGLER Y SEÑORITA HIDALGO

La hermosa obra de Romea *La Tempranica* ha dado, y sigue dando,—amén de nombre y dinero á su autor—ocasiones de lucimiento á los artistas que en su representación toman parte.

Pepe Sigler, barítono de mérito positivo, era ya bien conocido del público; no así la señorita Hidalgo, artista muy discreta que, en justicia, obtiene muchas alabanzas.

Por este año, y en tanto que el «respetable público» no disponga otra cosa, esta pareja ni es ni puede ser más que «el Conde» y «la Condesa».

Instantáneas.

Director:

M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:

Clavel, 1, Madrid.



Excmo. Sr. General D. Porfirio Díaz,
Presidente
de los E. U. Mexicanos.

D. PORFIRIO DÍAZ

El General D. Porfirio Díaz fué elevado por vez primera á la más alta magistratura de su país hace veinticuatro años. A partir de entonces, el orden y la prosperidad se han asentado incommovibles en el noble solar mexicano. El caudillo de Puebla y Oaxaca ha sabido ceñir la corona de roble de las virtudes cívicas sobre la del laurel alcanzado en el campo de batalla; y México, conocedor de sus cualidades de gobernante, le reelige una y otra vez, admirándole todos por sus cualidades políticas y personales, abillantadas de cerca por las virtudes de la ilustre dama que reina en su corazón y en su hogar.

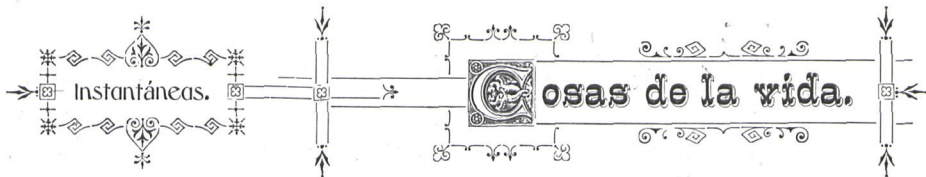
FRANCISCO GARCÍA ORTEGA

García Ortega es uno de los más aprovechados discípulos de la Universidad de Madrid, donde terminó con brillantez la carrera de Derecho; cuando la hubo terminado, se fué á cursar con Mario y se doctoró al instante. En el cadete de Militares y Paisanos se reveló por la absoluta identificación con el personaje; en el seminarista de La Dolores apareció con toda la flexibilidad de su talento, y el público que asistió al estreno de la hermosa obra de Felú y Codina salió convencido de que aquel muchacho era un actorazo, como se dice de telón adentro.

Con lo que no contaba el público era con que García Ortega sumaba entre sus talentos el de ser modesto valiendo lo que vale. Y como también nos ha salido con ese mérito, que ya no se encuentra ni con diez lámparas de arco voltaico, el público no se contenta con aplaudirle, sino que le quiere, y hace muy bien.



Ldo. D. Francisco García Ortega,
Director
de la compañía del teatro de la Comedia.



Un siglo en puerta.—¡Pícaro Noviembre!—Política vieja.—El calor del hogar.
El gordo.—La bandera nueva.

Terminó Noviembre sus treinta días y sólo nos faltan otros tantos para pasar á un siglo nuevo. Recréémonos pensando en suceso tan memorable, en la seguridad de no volver á registrarlo.

Y esto dicho, despedamos á Noviembre muy enhoramala, ya que él se ha despedido con una racha de homicidios, suicidios, enfermedad misteriosa en Murcia, que luego ha resultado triquinosis, siete penas de muerte en Jaén y otras calamidades semejantes.

* *

Entre las bromas que nos ha preparado el dichoso mes figuran la llegada de Krüger á Europa, que es, según los profetas de desdichas, signo infalible de conflagración europea; la lectura de los presupuestos, que siempre parecen mal en nuestro país, y la reanudación de las sesiones parlamentarias, donde admiraremos el mérito de algunos hombres, *Cora Pearl* del parlamentarismo, que viven en una eterna juventud, que para sí la hubiera querido Ninón de Lenclós, aunque, como aquella célebre individua, hayan pasado para siempre á ser irresistibles, y no por el mérito de sus encantos.

Es inconcebible, en efecto, que un hombre ó una política sobrevivan á su tiempo en un país donde Espartero y Moyano pasaron por anacronismos vivientes. Aquí los partidos se han deshecho, se han desmoronado las escuelas, han cambiado los procedimientos de combate y de gobierno, y sin embargo, se pasean por el campo de la política, no uno, sino varios señores (con su grupito y todo), sin acertar á darse cuenta de que están tan difuntos como *D. Félix de Montemar* cuando presenciaba su propio entierro—y tan endiablados como él.

Pero ¡vaya usted á convencerles de que se les oye por cortesía y de que se les sufre por rutina!

* *

Estamos en la estación del año en que más positivamente se busca el calor de la familia, no sólo por el que procura, contra los rigores del aire exterior, la hermosa chimenea, el modesto braero ó el insoportable *chouberski*, sino porque es Diciembre el mes de las expansiones y alegrías genuinamente familiares.

No podrán este año apresurarse á buscarlas—en más ó menos directa complicidad con los Catedráticos—los estudiantes aficionados al punto prematuro, porque García Alix, con muy buen acuerdo esta vez, ha decidido recordar á los claustros que las Universidades se costean para estudiar y no para fraguar algaradas y motines más ó menos escolares.

Yo lo celebro mucho, porque no hay duda que las calles pierden animación cuando la parva estudiantil se disgrega y en vez de alegrar con su charla las plazas y con sus chicleos los oídos de las mozelas, corre en busca de otras casas menos ruidosas que las de huéspedes, donde les esperan los cariñosos brazos de sus madres.

* *

Pero si este año no hay vacaciones anticipadas, hay en cambio una novedad, que no sólo es fin de siglo, sino fin de juicio.

La Lotería Nacional se ha excedido á sí misma, y los que en ella fundan las esperanzas que no pueden cimentar en otra cosa, andan de unas semanas á esta parte enjuagándose la boca con millones, que es un colutorio muy bueno para calmar las irritaciones de las encías poco habituadas á trabajar.

Un estupendo premio mayor de cinco millones de pesetas es capaz de alterar el sistema nervioso mejor equilibrado. Verdad es que cien pesetas por un décimo de billete no pueden costearlas todos los bolsillos; pero por dicha, el espíritu de asociación en España, cuando se trata de probar fortuna, está, no sólo desarrollado, sino confortado recientemente por el cariño que de un tiempo á esta parte ha tomado el bombo de la Nacional á las cigarreras de la Fábrica de Madrid, que acostumbradas á meterse en todo—como los supradichos estudiantes,—se han metido también en el bombo de la Lotería, de lo que me alegro muchísimo.

* *

Los obreros de los tranvías de Madrid han estrenado una preciosa bandera de raso encarnado, con corbata blanca, que aclamaron con la fresca (únicas horas que tienen libres), á las dos de la madrugada, en el teatro de Eldorado, no menos fresco á aquellas horas.

Un señor que yo conozco y que vive en el limbo, porque no se entera ni de la significación francamente socialista de esa bandera—que antes de estrenarse ya había ganado batallas en una huelga célebre,—está muy convencido de que se destina á los combates que todas las noches se libran en la calle de la Montera para tomar el último tranvía de la línea del Norte.

Si ustedes no lo han visto, vayan á admirar el espectáculo alguna noche que, por casualidad, salgan temprano del teatro. De una á una y cuarto de la noche se da un espectáculo deliciosamente rifeño.

Manuel M.^a Guerra.

Presidentes
de las Repúblicas americanas.



Excmo. Sr. D. Eduardo L. Romoña.
(Perú)

Excmo. Sr. D. Emilio Aceval.
(Paraguay)

Excmo. Sr. General D. Cipriano de Castro.
(Venezuela)

Dos caminos.

Luis y Enrique eran íntimos amigos, á pesar de sus caracteres opuestos. Los dos habían nacido en el mismo pueblo; juntos aprendieron las primeras letras; al mismo

tiempo empezaron la carrera de leyes y en igual día también la abandonaron, aunque por causas distintas.

Ninguno tenía vocación para la abogacía. Luis, en vez de estudiar, se pasaba la vida jugando al billar, al *baccarat* ó al monte; sus trajes, hasta los libros, los tenía empeñados. Su amigo tampoco estudiaba; ¿por qué?, por no tener afición á aquella carrera; pero no por esto hacía la vida de su compañero: en vez de gastar el dinero y el tiempo en el vicio, empleaba lo primero en libros de literatura, y lo segundo, en leerlos, es decir, en estudiarlos.

Ambos, sin embargo, tenían las mismas aspiraciones: *ser algo*, sus sueños dorados eran poder conquistar una posición y un nombre; en el modo de conseguirlo estaban muy distanciados.

Enrique soñaba con ser un gran novelista ó un eminente dramaturgo, y abrigaba esperanzas de lograrlo; ¿cómo?, trabajando con fe, con ahínco, siendo constante en el estudio, luchando..., y, por fin, venciendo. A Luis le preocupaban poco los medios de que había que valerse para ser rico; este era su afán: tener dinero, pues teniendo dinero — decía — se tiene un nombre; ¿cómo conseguirlo?, de cualquier manera; era capaz de todo; en él era proverbial aquello de *que el fin justifica los medios*.

Un día decidieron venirse á Madrid en busca de más amplios horizontes donde poder desarrollar sus pensamientos.

Llegaron á la corte sin más compañía que unas pesetillas y dos cartas de recomendación: una de ellas para el Sr. Rodríguez, redactor de un importante periódico; la otra para el conde de... H., senador, persona muy influyente é inmensamente rica; en la eficacia de estas recomendaciones confiaban mucho, particularmente Luis; su amigo, á decir verdad, confiaba más en sí mismo, en sus propias fuerzas.

La primera visita fué para Rodríguez, el cual los recibió con la mayor afabilidad; al terminar de exponerle Enrique lo que anhelaban, contestó el periodista:

— A la persona que recomiendo á ustedes estoy sumamente reconocido, y por esto debo hablarles con entera franqueza y sinceridad. Amigos míos, en Madrid es muy difícil darse á conocer, ser *algo* que ustedes desean. Son muchos los que vienen con la misma pretensión: los más, aburridos y desesperados, se tienen que marchar. Aquí, al talento, á la inteligencia y á la honradez, rara vez se le abren las puertas; el que quiere ser algo, tiene que agarrarse á los fardones de algún prohombre, ser entrometido, audaz..., un *desahogao*, como vulgarmente se dice; hablar y escribir de todo, aunque de nada se sepa. El que no haga esto, le será casi imposible poder llegar.. La cuesta, á más de pendiente, es larga..., con muchos baches, y son contados los que tienen fuerzas y voluntad suficientes para subirla por sí solos; la mayoría llegan hasta mitad..., rendidos..., y entonces retroceden, ó buscan ayuda para continuar; pocos, muy pocos, son los que descansan y toman nuevos alientos para seguir subiendo y llegar hasta el final, hasta ese final donde está la gloria; el *desahogao*, como decía antes, suele encontrar esa ayuda; el otro...

Luis salió satisfechísimo de casa de Rodríguez; Enrique, por el contrario, se sentía contristado; él no sólo no servía, sino que no quería seguir aquellas máximas que le parecían erróneas, por creer firmemente que el talento y el trabajo en todas partes tenían que abrirse paso, y más en la capital de España.

Más tarde visitaron al conde de... H., y gracias á éste, consiguieron modestísimos empleos en un Ministerio.

Luis pasaba el tiempo en continua franchela; no había café, círculo ó taberna que él no frecuentara; estaba hecho un despreocupado y un calavera.

Enrique, las horas que le dejaba libres su destino, las aprovechaba en escribir un drama ó una novela.

En un *teatrillo-concert*, muy visitado por Luis, conoció á una *divette*, hermosa mujer, atractiva, con esa atracción tan *especial* en esa clase de *artistas*; se enamoró de ella *locamente* (según afirmaba), y lá hizo su esposa, sin ignorar que la *tal* había sido amante de varios personajes, y que en la actualidad lo era del conde... H.

Apenas llevaba un año de casado, y ya Luis era un hombre de viso; con el apoyo del conde de... H y aun de otros caballeros, llegó á ocupar altos puestos, á tener coche, criados, abono en los teatros de moda..., en una palabra... ¡era rico!; había logrado su ideal, ¡ser rico! y ¡tenía un nombre! (popular por cierto). El cómo lo alcanzó, le tenía sin cuidado... ¡el fin justifica los medios!

Enrique siguió largos años trabajando, sufriendo desengaños y contratiempos, pero luchando con fe y valentía, *subiendo la cuesta lentamente*, pero con constancia, sin desfallecer, sin buscar *ayudas*, con el deseo fijo de llegar, pero llegar por sí solo. Poco á poco se fué creando un nombre, al par que eminente, honrado, y al fin de su penoso calvario, aquel empleadillo fué uno de nuestros primeros literatos, de nuestros más celebrados escritores, vivía con lujo, con un lujo adquirido con el producto de sus desvelos, de su trabajo.

Los dos vieron convertidos en realidad sus sueños de color de rosa, sus aspiraciones de estudiantes. ¡Pero qué dos caminos tan distintos eligieron!

Los dos lograron un nombre. Ambos fueron conocidísimos en Madrid: el uno, por su ¡talento y honradez!; el otro, ¡¡por sinvergüenza !!

José Cabello.

INSTANTÁNEAS

Mira tú si estoy alegre,
mira, mira cómo canto:
con una mano rasgueo,
con otra me enjugo el llanto.

¿Del abanico las varillas cuentas?
En sí es verdad lo que te dijo piensas.

Camino de los Viveros
una tarde la encontré;
que ¿qué pasó? Nada, niña:
que me miró y la miré.

Luis Romano.

DOS BESOS

I

El beso del cariño.

Es un mundo de amor; es un poema;
perfume celestial, suspiro alado,
secreto por un ángel revelado;
de bendita pasión sagrado emblema;
una rima de Becquer; un problema
en un cielo de dichas presentado;
bálsamo del placer; numen preciado,
llama invisible que los labios quema;
luz que disipa tenebroso duelo,
nota divina; germen de ilusiones,
iris de gloria; estrella de consuelo,
aire sutil; venero de pasiones
y misteriosa red en donde el cielo
funde en un solo sér dos corazones.

II

El beso del deseo.

Es un mundo ideal; duda sombría;
veneno entre placeres ocultado;
el soplo de un espíritu ignorado,
llama que enciende la ceniza fría.

De Offembach la candente melodía;
espuela del querer; voz del pecado;
fuego por los peligros alentado;
nube en que Judas su traición envía.

Titán del mal; Mercurio del Averno,
obscura sombra; velo de pasiones,
remordimiento para el alma eterno;
humo de amor, martirio de ilusiones,
y misteriosa red donde el infierno
consigue aprisionar dos corazones.

Narciso Díaz de Escovar.

Muy interesante

á los lectores de

INSTANTÁNEAS

Tenemos en prensa una publicación llamada á obtener grandísima resonancia por su belleza y novedad. Los originales del

ALBUM DEL AÑO 1901

son absolutamente inéditos, tienen un marcadísimo sabor nacional y han sido escritos por las señoras Gimeno de Flaquer y Pardo Bazán y los señores Aza, don Vital, Azcárate, Balaguer, Benot, P. Blanco García, Bosch y Fustegueras, Cánovas, Campoamor, Carracido, Castelar, Sinesio Delgado, Echegaray. Pérez Escrich, Felfu y Codina, Ferrari, Fiacro Irazoz, Frontaura, Valentín Gómez, Letamendi, Liniers, López Silva, Luceño, Maura, Marco, Mestre Martínez, Núñez de Arce, F. de A. Pacheco, Vizconde de Palazuelos, M. del Palacio, Pérez Zúñiga, Pi y Margall, Pidal y Mon, Federico Rubio, Ramos Carrión, F. Soldevilla, Rodrigo Soriano, y otros.

Aunque

INSTANTÁNEAS-ALBUM DEL AÑO 1901

está profusamente ilustrado con fotografados directos y preciosos dibujos originales de reputados artistas, y á pesar de su novedad é importancia sólo costará

UNA PESETA en España.

RÁPIDAS

Presidentes
de las Repúblicas Americanas.



Excmo. Sr. D. Rafael Iglesias.

(Costa-Rica.)

Excmo. Sr. D. Federico Errazuriz.

(Chile.)

Excmo. Sr. D. Manuel Estrada.

(Guatemala.)

¿VERDAD?

Dícese que la cerveza
es lo que más emborracha.
Es borrachera peor
la borrachera de lágrimas.

R. L. Montenegro.

Gabinete amueblado con mucho lujo.—Personajes: Enriqueta, de treinta y cinco años. Viste una bata elegantísima y fuma un cigarrillo sentada de espaldas al balcón, en una marquesita.—Frente á ella, Arturo, que representa unos veinticinco años y próximo á ambos un velador con servicio de café. Está anocheciendo.

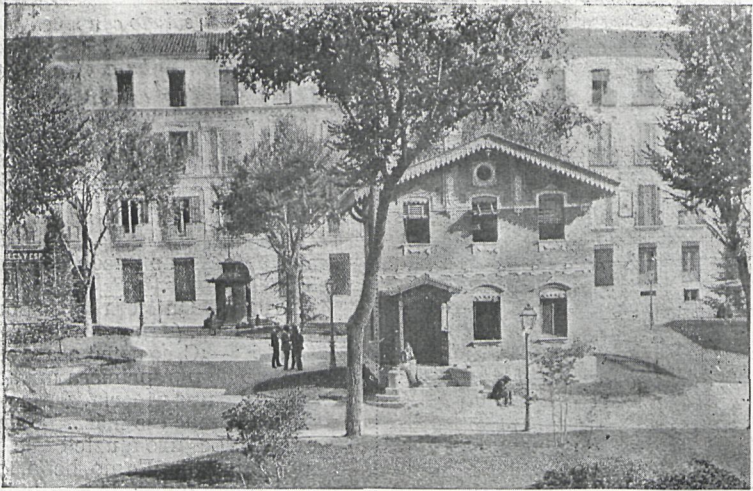
ENRIQUETA. (Sacudiendo distraidamente la ceniza del cigarrillo).—Decididamente, amigo mío, yo no puedo inspirarle á usted eso que dice.

ARTURO.—Quisiera saber por qué...

ENRIQUETA. (Mirando subir el humo en espirales.)—¿Cree usted acaso en ese amor producto de una primera mirada? Eso no es más que una niñería. Sería preciso que usted me conociese más... Yo soy una mujer inútil. Le juro á usted que no me parezco á ninguna. Fumo, bebo, tomo café... en fin, tengo todas las costumbres de un hombre. Hasta soy escéptica como muchos de ustedes, y como casi todos ustedes, también terminaré por ser egoísta. (Viendo que él hace signos negativos.) ¡Ah! no, no; no se tome usted la molestia de protestar. El hombre es un egoísta incorregible. Tienen ustedes muchas veces una mujer para satisfacer una necesidad y un lujo, como se puede tener un caballo ó un coche, nada más. ¿Corazón? ¿Para qué? ¡Teniendo hermosura la cara!... En materia de amor no conocen ustedes más que el amor propio. ¿El otro?... ¡Ah! el otro es de muy mal gusto, es cursi...

(Tirando el cigarrillo). Y si yo le dijera á usted que siento verdaderas ansias por este otro... Diez años he estado buscando un corazón. ¡Pues no le encontré todavía! ¿No es triste decir esto?... ¿Que es lástima no le haya conocido á usted antes? Nada, que no puedo creerle. Todo eso es muy bonito; lo dice usted muy bien, pero no pasa de los labios. (Viendo que él quiere protestar.) No, si sé que usted lo siente en este momento, pero se engaña usted mismo de un modo lastimoso... Escuche usted: está anocheciendo y las sombras deben de poetizarme; acaba usted de tomar café y eso ayuda á fantasear un poco; mis perfumes llegarán hasta usted, trastornándole quizá... todo esto hacer ver idealizada á una mujer que no es fea... ¡esto es todo! Ahora mismo diré que traigan luces; abriré un momento ese balcón; despejaré usted su frente calenturienta con el frío de la noche, y después de una hora me dirá usted si no fué un sueño. (Fijando mucho sus miradas en él, que sigue protestando.) ¿Que no? Pero de veras habla usted en serio? ¿Insiste usted en que me ama? Mire usted que también voy dejándome influir por esta charla... terminaré por creerle. (Manifestando un cambio rápido en sus ideas.) ¡Ah! Pero qué niña soy. ¡Pues no vuelvo á soñar otra vez! Ha conseguido usted despertar mis esperanzas haciéndome olvidar hasta las amargas realidades del pasado. Vuelvo á ser lo que ayer; una loca que busca amor. (Se levanta y pasea nerviosamente, hablando consigo misma.) ¿Será verdad, Dios mío? ¿Habrá un hombre capaz de amar? ¡Pero si yo creí ingenuamente que todos eran iguales! Esto es que no lo piensa bien. (Se vuelve

M A D R I D



Plaza de Bilbao.

(En la casa que aparece á la derecha del lector, murió Mesonero Romanos.)

hacia él y le pregunta, dejando traslucir en su acento la ansiedad que le domina.) Pero ¿está usted seguro de que no se engaña? ¿No será esto un chispazo de deseo que muera con la posesión? ¿Cree usted? ¡Sería horrible un desencanto más! ¿No? Bueno. (*Sentándose más calmada.*) Supongamos que yo creo todo eso que usted me asegura. Seamos formales y reflexionemos. ¿Qué exige usted de mí? ¿Amor? Pues bien, sí; yo le amaré á usted, le haré entrega de mi alma y de mi corazón; suyas serán mis penas y mis alegrías; ni uno solo de mis pensamientos dejará de pertenecerle; pero ¿le bastará á usted esto? Ya conoce usted la vida... ¡Tiene exigencias brutales! ¡Hay necesidades que se imponen cruelmente!... ¿Me aceptará usted cual soy? Mi corazón será suyo, sólo suyo. (*Con mucho calor.*) Pero únicamen-

te mi corazón puedo asegurarle que le pertenecerá en absoluto. Por lo demás... usted sabe bien que soy una pobre extraviada. ¿Lo olvidará usted mañana para rebelarse contra lo que será inevitable? ¿No maldecirá usted la hora en que me conocí?... (*Aparentando una calma que no siente.*) Ahora en sus manos pongo nuestra causa. Si usted se siente capaz de amarme, á pesar de todo; si no me ha de echar luego en cara lo que le advierto hoy, amémos... Pero si no es así; si en vez de endulzarme la vida ha de amargármela usted, entonces... haga usted lo que quiera; pero lo sensato sería separarnos desde este momento. Sin embargo... de usted depende todo. ¿Qué dice usted ahora?

César Pueyo.

BILBAO MODERNO



Chalet de D. José María Gurtubay.



Chalet de D. Benigno Gana.

Ins. de N. Gracia

LA RISA

MUDANZA DE LA SUERTE



--¡Pero chico!... y de chistera y levita.
--¡¡Echa lujo!!
--Un tío que tenía en la Habana me lo dejó todo.

J. Roman

SEMBLANZAS



—¿En qué se parecen la una y el otro?
—En que los dos esperan.

